



DÉBILES RECUERDOS DEL PERIODO VIVIDO ENTRE 1931-1945.

CARMEN LÓPEZ CUADRADO

Biblioteca Francesca Bonnemaison

Llegamos a Barcelona en abril de 1931 mis padres, dos hermanos más pequeños y yo.

Veníamos de tierras andaluzas, hacia el pueblo de Cardona. Recuerdo con emoción esperar el autocar en la parada de la estación, creo recordar que era en la plaza de Cataluña, y ver pasar soldados de caballería portando la bandera republicana; doble gozo el mío, pues mi padre era republicano. Esta visión persiste todavía en mi memoria. Llegamos a Cardona, donde mi padre ya tenía contrato de trabajo como vigilante en el exterior de las minas, las oficinas y guiar las vagonetas que subían y bajaban con sal y potasa, y abocarla en el lugar correspondiente. Yo, por ser la mayor, le llevaba todos los días a las 12:00 horas el almuerzo, que compartíamos, en el buen tiempo bajo la sombra de una higuera y en invierno en la oficina. En esta oficina, ocurrió un episodio, en el año 36, del cual hablaré más adelante...

Retrocedo a los hechos ocurridos el 6 de octubre de 1934. Vagamente recuerdo los rumores de esa época: conflictos, huelgas, etc. En el pueblo había temor. Los mineros estaban encerrados en la mina. Los familiares les llevaban alimentos y enseres de primera necesidad. Al parecer, hubo enfrentamientos entre anarquistas, fascistas, Guardia Civil, etc. Precisamente, el día 4 del



mismo mes nació mi hermana y este acontecimiento, en casa, parecía ahuyentar, en parte, los peligros que se avecinaban.

Año 1936. La guerra maldita para un pueblo y unas gentes a las que no les sobraba nada, pero donde sí había inocencia y buena fe. El mismo día, 18 de julio, algo así como de madrugada, corría la noticia de que las fuerzas militares se habían sublevado en Madrid. En todas las casas se estaba pendiente de las noticias que emitían las emisoras de radio: que el golpe de Estado se había producido en Marruecos, al mando de Franco, el cual había reclutado árabes para expulsar del poder al gobierno republicano español, legalmente constituido. En los días siguientes al levantamiento militar, se producían atrocidades de todo tipo, cosa que ningún ideal político podía justificar. Por un bando, saqueo de iglesias y conventos, quema de imágenes y otros... y una pandilla de niños miraba horrorizada aquella quema, que no entendían. Entre compañeros y amigos del mismo ideal político también había situaciones violentas y terribles. Me limito a explicar el caso de mi padre. Se presentaron un día, en el lugar donde él trabajaba, milicianos. Entre ellos había un amigo de mi padre desde la infancia, y dicho amigo fue quien, apuntándole con un arma en el pecho, le ordenó que entregara las llaves de donde se guardaban armas y explosivos que había en aquel lugar o, de lo contrario, le dejaba muerto allí mismo. Mi padre dijo que tenía que hablar con un superior, ya que él no tenía autoridad para ello. Así se hizo y ese tal superior le dijo que les entregara las llaves y procurase desaparecer lo más rápido posible del lugar. Este hecho marcó muchísimo a mi padre, ya que, además de amigo, era también del mismo ideal político. Jamás pudo olvidar su traición.

Durante el periodo de la guerra se pasaron muchísimas calamidades de todo tipo, como la dificultad de conseguir alimentos, porque el racionamiento apenas llegaba para nada. Por suerte para nosotros, en el pueblo no hubo bombardeos como en la capital, ni tantísima tragedia, pero sí lo pasamos muy mal. En julio



de 1937 vivimos la desgracia de perder a una hermanita de 13 meses, víctima de una meningitis, por falta de medicinas y alimentos necesarios. Como a tantísimas otras familias, esta otra tragedia también nos marcó.

Mi madre era una mujer valiente y activa, pero no política. La necesidad de sus hijos la obligaba a ir a recoger bellotas, algarrobas, caracoles, plantas comestibles del campo y leña. De la resina de estos maderos, cortaba bastoncitos llamados teas que, al igual que el tabaco y otras cosas, cambiábamos por algún alimento de primera necesidad. También nos hacía la suela de las alpargatas con los hilos de saco que primeramente sacaba de éste, los unía en una trenza y se formaba la plantilla del zapato, cosiéndola con una aguja apropiada.

En los primeros meses del alzamiento todavía en casa quedaba alguna gallina y algún que otro conejo y, cuando había un huevo, éste debía ser compartido entre los tres niños y, además, comer habas con su piel, hervidas y sin ningún aliño. Eran horrosas.

Por mi parte, lo positivo que yo saqué de esta guerra fue mi interés y formación en la escuela, pues tuve una maestra asturiana, que vino aquí a refugiarse, de primera categoría y, además, la suerte de tener buenas notas, y de admirar y recitar a García Lorca. Incluso, algunas de mis narraciones eran leídas ante los demás niños.

Durante la guerra, en Cardona, pude ver alguna película en contadas ocasiones y recuerdo haber visto, por lo menos, tres o cuatro, tres de ellas rusas: *Los marinos del Kronstadt*, *El acorazado Potemkin* y otra que no recuerdo. En alguna ocasión pude ver una película de producción española. En casa me daban 10 céntimos de cobre para ir al cine. Era la paga de la semana.



En Cardona recuerdo el fabuloso castillo que hay, que hoy es un parador de turismo. Estaba abandonado y medio arruinado y los niños jugábamos libremente en él.

Terminó la guerra y vino el exilio. En esto estuvo también mi padre, pues su trabajo y sus ideales políticos le obligaron a marcharse, como a muchos otros.

Mi padre regresó de su exilio en el campo de concentración de Argelés, en Francia. Creo recordar que hubo una orden por la que todos los que no tuviesen delitos de sangre podían volver tranquilamente a sus hogares, que no les ocurriría nada, y así fue en nuestro caso. Mi padre, después de llegar a casa, cargado con un macuto y una manta, muy delgado, daba verdadera pena, y además, estaba enfermo. Después de recibirle, como se puede suponer, con mucha emoción, mi madre le quitó la ropa y lo quemó todo y, ya aseado, se presentó en el cuartel de la Guardia Civil. Allí sellaron papeles y la orden era que se presentara al mismo todas las semanas. Encontró trabajo en un pueblo cercano, pero desgraciadamente le duró muy poco: una semana, un mes, no lo sé. Volvió a casa, le vi en cama con una bolsa de hielo en la cabeza tomando Servetinal (es la medicina que se usaba para calmar los dolores de estómago) casi a puñados. Le vi también infinidad de veces revolcándose en el suelo; cerraba la puerta para que no nos diésemos cuenta de su sufrimiento. En febrero de 1940 murió en Barcelona a la edad de 38 años en la Clínica Monegal, donde fue operado. Mi madre estaba a su lado. Sus últimas palabras fueron dirigidas a ella: “Por favor, dame un vaso de agua, será el último favor que te pida.” Y así fue, 38 años. Creo que ese día era domingo. En el pueblo, mis hermanas y yo fuimos a misa. A la salida, paseando y medio jugando con las pequeñas, una voz interior me dijo: “Te has puesto tu mejor vestido, estás aquí distraída mientras tu padre ha muerto.” Profética intuición. Esta misma voz interna, volví a oírla en el año 1954, advirtiéndome también de una tremenda desgracia, para mí, por la edad y las circunstancias, mucho más cruel y



dolorosa que la primera. Tenía un hijito de casi 4 años que fue atropellado por un vecino delante de casa mientras aparcaba.

Finales de enero de 1939. En mi casa, unas vecinas que estaban unidas a mi madre, entre visillos, veían como los soldados pasaban corriendo deprisa; con el corazón encogido estaban las mujeres y los niños. Después, pasadas no sé cuántas horas, la noche la pasaron en vela, excepto los pequeños, se veían pasar soldados otra vez, éstos caminando sin prisas y armados. Lo que nos extrañó entonces fue ver los soldados vestidos casi con el mismo uniforme, muy parecido al que llevaban los primeros. Al día siguiente se vio mucho más movimiento de fuerzas militares y disparos. Precisamente, en casa, al ser de planta baja, entraban las balas doradas por la chimenea. Ya a media mañana, algunos soldados desperdigados por aquel poblado hacían correr la noticia de que había que desalojar las casas porque iban a bombardear y a destruir todo. Asustadas, las mujeres con los niños corrían a refugiarse. Pasadas las horas, sin tener noticias de nada, la gente volvió a sus hogares.

¡Oh, sorpresa! Las casas estaban intactas, no habían bombardeado, pero sí saqueado y robado todo lo que pudieron llevarse. Esta fue la entrada de los nacionales a nuestro pueblo.

Aquí también tenemos que lamentar una traición por parte de un vecino, del que nadie se lo esperaba, quien nos salió rana. Cuando entraron los nacionales, el vecino traidor se unió a la Guardia Civil, sirviéndoles de guía, señalando casa por casa, diciendo cada vecino dónde tenía armas o cualquier otra cosa escondida, incluso en los huertos donde también había cosas escondidas bajo tierra, y nos lo quitaron todo. Como en el vecindario todo el mundo era como de la misma familia, el vecino sabía bien dónde guardábamos las cosas: debajo de las tejas, en el huerto, etc.



Terminada la guerra, siguió el desastre: hambre, piojos, destrucción, muertes por ambos bandos, cárceles y fusilamientos, incluso sin juicio previo. En casa vivíamos con bastante entereza los episodios que se iban produciendo. La familia, desperdigada. Mi madre, trabajando en Barcelona como sirvienta con una buena familia; mi hermano de diez años, con una vara de pastor en la mano derecha llevaba a pacer unas vacas por la montaña. Los dueños, campesinos, le querían mucho, comía muy bien y era feliz vigilando sus vacas; mis dos hermanas y yo, en casa. Íbamos al colegio. Mi madre enviaba dinero para los gastos y unos días había comida y otros, no.

Lo que escribo a continuación lo hago porque es un hecho enternecedor y me conmueve cada vez que lo recuerdo: una de mis hermanas, de 6 años de edad, me despertó una noche llorando, diciéndome que tenía miedo y frío. Le dije que procurase dormir. Su respuesta fue: "No puedo dormir, porque tengo hambre". Pobre angelito, yo le dije: "Duerme pequeña. Si duermes, no sentirás ni el frío ni el hambre, y cuando se haga de día, iremos a por el pan y desayunaremos". No tenía en mis manos ni un triste caramelo para consolarla.

A mediodía, teníamos la comida en Auxilio Social. Pasábamos el rato en los coros de la Sección Femenina, haciendo gimnasia, ballets, etc.

El estraperlo

Viajé en los trenes de Igualada a Barcelona, donde había sacos de pan bajo todos los asientos de los vagones. Las personas que se dedicaban al estraperlo iban saliendo adelante, las cosas les iban bien, excepto cuando les requisaban en los mismos trenes todo lo que llevaban. Esto lo hacía la Guardia Civil, aunque a veces les hacían la vista gorda. En Barcelona, cuando había víveres en el mercado, a las 7 de la mañana ya estábamos en las puertas del mercado de Santa Caterina, haciendo cola para poder adquirir algunos alimentos.



Otro corto episodio que hoy me resulta reconfortante describir es la odisea que protagonicé un día que me marché de la casa donde un matrimonio joven me contrató de niñera de su hijo de tres meses. Vivíamos en una masía en Montmajor, donde se dedicaban al trabajo de su propia finca y animales. Todo iba bien, pero había pasado la primera semana y yo me sentía muy inquieta por mis hermanas. Estaban al cuidado de unos tíos, pero todo y siendo así, yo no estaba tranquila y les pedí permiso de un día para ir a ver a mis hermanas a Cardona. El hombre de la casa me dijo que no podía irme porque nevaría aquella noche. Yo, firme en mi propósito, me vestí mal vestida, muy poco abrigada, con dos pares de medias de algodón, unas sobre las otras, creyendo que esto pararía el frío, pero todo estaba nevado. Verdaderamente, había caído una buena nevada. Total, que quise marcharme de todas maneras. Me dieron un duro por los días que estuve trabajando allí. Si volvía, todo continuaría tal como habíamos quedado. Pasé desde las 9 de la mañana hasta las 5 de la tarde caminando por los atajos de la montaña, para recorrer los 16 kilómetros desde Montmajor a Cardona. Llegué a las 5 de la tarde y en la plaza de la iglesia, encontré a mis hermanas jugando con la nieve, heladitas de frío, pobrecitas. Pero bueno, con aquel duro y el bocadillo que llevaba yo, se pusieron muy alegres. Nos abrazamos de alegría y fuimos a la casa, donde hicimos un fuego para calentarnos. Hicimos un poco de arroz hervido y mis hermanas tenían hambre, como era lógico, y esperaban impacientes el arroz. Yo les decía: “Dejémoslo hervir un ratito y reposar, porque creo que así tendremos más cantidad”.

Barcelona 1940-1945

Mi hermano fue a una colchonería a aprender de colchonero, sin cobrar salario alguno. A mi hermana se la llevaron unos parientes a Calafell y allí se quedó, de momento. Y yo fui a hacer de sirvienta y, al mismo tiempo, niña de compañía de una famosa pianista de la época. Me llevaba con ella a comer a



los restaurantes y a todos los conciertos. Gracias a ella, conocí la buena música y aprendí a distinguir a los autores de piezas clásicas y a emocionarme con ella. En esta casa escuchábamos la radio inglesa, que daba noticias en castellano y así estábamos al corriente de lo que iba pasando en el país en aquella época, siempre teniendo la radio muy bajita, con cuidado de que nadie la oyera. Continué con este matrimonio hasta que la situación se estabilizó y regresaron a Madrid, de donde procedían. Querían llevarseme con ellos. En este caso mi madre no me dejó. Entonces encontré otro trabajo en unos laboratorios farmacéuticos, Pisagra, donde estuve trabajando hasta que me casé, a los 19 años. Mi marido, que era relojero, y yo montamos una tienda taller de reparación y venta de relojes, bisutería, joyería y gafas de sol en Santa Coloma de Queralt. Nos tuvimos que ir a un pueblo, porque mi marido cogió la tuberculosis y necesitaba un clima más saludable para curarse. Afortunadamente, él se curó y yo no cogí el bacilo.

De la Segunda Guerra Mundial, recuerdo los ataques de bombardeo por lo que había oído en la radio. Me enteré de que los americanos habían lanzado la bomba atómica por la prensa.

Las sensaciones

La felicidad: la única, el amparo de la propia familia.

El miedo: siempre iba en mi interior.

El hambre: días pasables y otros, de desesperación.

El peligro: siempre lo veía en el aire, temerosa de que me cayera encima.

La amistad: buena, en general.

La solidaridad: abundante. Ahora se predica mucho sobre ella, antes existía.

El egoísmo: en aquel ambiente, no lo viví.

El instinto de supervivencia: no era consciente.